

# La ironía del destino



Teme uno en los días que corren escribir ateniéndose a los hechos del día. La actualidad puede dejarlo de ser en unas horas. Acaso cuando este artículo vea la luz pública no esté ya el Sr. Dato al frente del Consejo de la Corona. Aunque no es de creerlo. Dato, sin embargo, es, como todo lo fantástico, como todo lo asombroso, algo eterno. Y si, lo que no es de esperar, no ocurre en pocos días un cambio sustancial, íntimo, en la manera de gobernar a España; si la Corona no se da cuenta en este tiempo de sus deberes para con la nación que la sostiene, cuando estas líneas se publiquen seguirá actuando de presidente de los secretarios de despacho de S. M. un Dato cualquiera. Este, D. Eduardo Dato e Iradier, u otro por el mismo estilo de inexistencia.

¿Y cuál es el papel de esta sombra de gobernante? Definíalo muy bien «La Veu de Catalunya» en un su artículo de cabecera, titulado «El señor Dato y el seu paper», publicado en el día 18 de este mes de junio:

«El paper del senyor Dato és l'optimisme. Un optimisme florit, cortesà, mel-melat. Al senyor Dató li sembla que Espanya és un gran país, i el règim el millor dels règims possibles, i el poder moderador un poder revestit de tots els prestigis. L'Espanya és monàrquica, centralista i datista. Madrid, avui, convertit per obra del senyor Dato en arca de Noé sobre el diluvi, és el dó mes gran que la Presidència podia fer a la humanitat; els espanyols són tan adaleradament partidaris del rei com en són les solterones romàntiques a tota Europa; en quant a ell mateix, ell, el senyor Dato, mal li està el dir-ho, pero roba el cor de tothom; cancelleries estrangeres, dames formoses, i aquests éssers misteriosos, irreals, que no tenim més remei que anomenar-los amb un nom castellà, perquè en català les paraules responen a idees concretes: ens referim als «obreros». El senyor Dato és tan nigromàntic de carmel-





lo, que arriba a negar que els nostres propis ulls hagin vist pels carrers de Barcelona els policíes amb terceroles.

El senyor Dato és, doncs, una mena de primavera, maldament sigui una primavera amb roses de paper. El seu optimisme és característic d'una certa qualitat d'estadistes que solen trobar-se a la vora dels reis a la vetlla dels trastorns públics. Es un fet històric invariable: quant la consciència revoltada de les multituds demana justícia amb veu que per la impenitència dels malmenadors es va enronquant singularment hi ha sempre a la vora del poder moderador un optimista. Així ho reclama la llei de la ironia, que en certes estones capdals s'immiscuix en el descapellament dels fets.»

Esta última observación es justísima y está confirmada por la historia. Corresponde a toda aquella categoría de hechos y sucesos que produjeron la famosa sentencia escrituraria de que Dios enloquece primero a aquellos a quienes quiere perder: «Luos Deus vult perdere dementat prius.» ¿Quién no recuerda aquella mala pasada que Jehová le jugó al Faraón de Egipto, según se nos cuenta en el libro del Exodo (IV, 21; VII, 3; XI, y etc.), endureciéndolo primero el corazón para que no hiciese caso de las advertencias de Moisés y Aarón, y castigándole luego por no haberlas hecho caso? Bien dice el conocido lugar común: «inescudriñables son los caminos de la Providencia.»

El gran escritor portugués Fialho d'Almeida, apenas conocido en España, publicaba de 1889 a 1892 una publicación men-

sual, «Os Gatos», en la que hizo un terrible proceso de la casa brigantina, corruptora de la civilidad y la moralidad portuguesas, casa no tiránica, pero sí envenenadora del alma nacional. En el número de noviembre de 1889 a febrero de 1890 comentaba la toma de posesión de la Corona y juramento del rey D. Carlos I, al que luego suicidó Buica, del penúltimo rey de Portugal. La descripción de aquel acto por Fialho D'Almeida es de lo más intenso que se ha escrito en portugués y en otra lengua cualquiera.

Al ver pasar en unos coches una lúgubre comitiva, dice Fialho:

«Na minha simpleza rustica, atrevi-me a perguntar a um cavallieiro, se seriam velhos do asylo...

—Ná, ño senhor. Esto e a casa civil de Sus Majestades.







—¿E que serventía dá elle a esta casa?

—E conforme. Uns escrevem nos jornaes que S. M. lê, outros aplaudem as ascieiras que S. M. diz, e o resto está encarregado de lhe repetir que o povo está contente.

—¿E S. M. acredita?

—Enquanto lhe pagarem...

Es flaqueza humana general, no sólo regia, prestar más oído a los optimistas. Cándido estaba encantado al oír al doctor Pangloss.

Si, tiene razón «La Veu de Catalunya», hay una ley de ironía que en ciertos momentos capitales se entromete en el devanamiento de los hechos, y que hace que cuando la conciencia revuelta de las muchedumbres demanda justicia con voz que por la impenitencia de los desgobernadores se va enronqueciendo singularmente, haya siempre a la vera del Poder moderador un optimista. Es además al que se le resiste.

En España se nos han puesto hace poco algunos espíritus, trágicamente frívolos, a predicar, como un deber, el optimismo. Es en parte herencia del viejo sentido dogmático; es en mayor parte conciencia de que las cosas no van bien. Cuando se le prescribe al enfermo que crea que no tiene nada grave, o que lo que tiene es pasajero, suele ser que se le cree gravemente enfermo. «Aprensiones», suelen exclamar los médicos ante las dolencias sin remedio. Una forma de desahuciar suele ser decirle al enfermo que está sano. «Engañarle... es lo único que cabe — le oímos a un médico;— así acaso se logre, levantándole el ánimo, prolongarle algo la vida, y en todo caso que viva más tranquilo el tiempo que haya de vivir.»

El optimismo, o por lo menos lo que llaman así los profesionales de él, los juramentados para predicarlo como un deber patriótico — pues el verdadero optimismo es el otro, el de los que somos motejados de pesimistas, el de los que, por bien que estemos, nunca nos parece que estamos bien, — el optimismo es hijo de la harganería espiritual. Los holgazanes son los más grandes optimistas. El providencialismo se da la mano con el fatalismo.







Y el optimismo datista, cortesano, adulator, es aun más hijo de haraganería. Lo propio de lo que podríamos llamar el inespíritu o la inanidad datista es la haraganería. Los llamados «idóneos» son unos rematados holgazanes. De su jefe, el tresillista Dato, hemos oído que ni son tuyas esas tan cacareadas leyes sociales cuya promulgación firmó. Aparecieron con su nombre en la «Gaceta»; pero se nos asegura que no las hizo él, que no las ideó ni las estudió él. Y es que estudiar unas leyes sociales no es como dar codillos.

No es más que haraganería, repetimos, lo que produce el optimismo oficial, y haraganería lo que lo acepta. Y es esa trágica haraganería la que se acomoda al fatídico principio de dar tiempo al tiempo. Dar tiempo al tiempo es dejarlo vacío.

Ahora mismo, interrumpiendo la composición de este artículo bilingüe para leer los telegramas del diario local, nos encontramos con que «algunos gobernadores han comunicado al gobierno que el movimiento obrero se acentúa en sentido desagradable, sin saber si obedece a un plan preconcebido con dirección fija, o son casos aislados, cuyos focos pueden ser fácilmente sofocados», y que «estos informes imprecisos hacen que el gobierno esté desorientado respecto a la forma de poder acometer la solución del problema». Parece increíble, pero no lo es, por lo visto, que el gobierno ignore todavía lo que el movimiento obrero significa hoy en España. Y podrá darse el caso de que el descontento popular estalle en cualquier forma grave, una huelga general por ejemplo, y el gobierno siga repitiendo que no sabe qué se pide y se desea.

Un gobierno de optimistas profesionales, de optimistas por disciplina y consigna, no puede acometer la solución del problema nacional. El primer paso para acometerla es decir la verdad, toda la verdad, al Poder moderador. Y el servil optimismo cortesano de los de Dato les veda decir la verdad al aconsejado. Es la ley de ironía del destino.

**MIGUEL DE UNAMUNO.**

